

SE busca sucesor para Carter; el general Alexander M. Haig va a ofrecerse. Termina su carrera militar, abandona la OTAN y lanza su primer gran discurso político, con el lema del momento: Rusia es culpable, el terrorismo es el peligro de Europa, está inspirado en la URSS y hay que combatirlo.

Carter corre por el mundo buscando éxitos, mientras en su país le amenaza el peor riesgo de su carrera: el racionamiento de gasolina. Se le acusa de haber calculado mal el efecto, de no haber podido imaginar que los automovilistas iban a acoger con tal turbulencia el racionamiento. Se dice que puede incluso dar marcha atrás. Sería otro pequeño desastre, en el momento en que la OPEP sube los precios y los ricos de Tokio deciden restringir sus compras. No parece que su decisión tenga camino de vuelta.

Se le acusa de muchas cosas más. De indecisión, de mal gobierno. Hace ya tiempo que los americanos rompen la costumbre de la reelección de los Presidentes para un segundo término. Se rompió brutalmente con Kennedy, asesinado; Johnson tuvo que renunciar a la reelección. Nixon fue despenado por el asunto Watergate. Y Carter, a los dos años y medio de su primer período, no sólo está en la cota más baja de popularidad —según las auscultaciones de opinión pública—, sino en la más baja que haya tenido nunca un Presidente en ejercicio. Incluso más abajo que Nixon en los momentos más dramáticos. Pueden ser un signo de inestabilidad, de insatisfacción general: los ciudadanos de EE. UU. han dejado de sacralizar a su Presidente. Las cosas van mal, y le culpan. Van mal desde hace varios Presidentes. Carter no ha conseguido invertir la curva.



Carter corre por el mundo buscando éxitos, mientras en su país le amenaza el peor riesgo de su carrera: el racionamiento de gasolina.

Estados Unidos, hacia un conservadurismo mayor

CARTER SE NUBLA; HAIG APUNTA

EDUARDO HARO TECGLÉN

La política internacional, sobre todo, es uno de sus desastres. Irán y Nicaragua son dos temas de primer orden: Irán, porque era la fuente del petróleo, y una de las puertas de Estados Unidos para varios mundos: el árabe, el asiático, la frontera con la URSS. Nicaragua, porque está ahí mismo, en América, y puede ser una "segunda Cuba". Los conservadores le acusan de no haber sabido defender al Sha y a Somoza. Los liberales, de no haberlos sabido sustituir a tiempo. Para los liberales, Carter es culpable de la congelación de relaciones con la URSS a partir de su elección, y de sus ataques por los "derechos humanos", y por haber jugado demasiado a fondo la carta de China; para los conser-

vadores, el beso de Brejnev es espantoso, y la carta China la hablan ganado ya los Presidentes anteriores, a partir de Nixon. Otro de los momentos estelares de su vida: el tratado de Washington con Israel y Egipto está en entredicho por todas partes: ni ha terminado las hostilidades, ni da seguridad a Israel, ni resuelve el tema del petróleo.

¿Quién podría sustituir a Carter? Su partido, el demócrata, a pesar del buen éxito de las elecciones anteriores, se encuentra en baja forma: está envuelto en la política de Carter, y no tiene más que viejos y desgastados caballos para sustituirle, como puede ser el senador Kennedy. Por otra parte, es tradicional que el partido en el poder apoye al Presidente, a menos que

éste dimita, como pasó con Johnson: por su voluntad, o forzado.

En cambio, el Partido Republicano parece haberse recuperado ya del terrible choque del Watergate, y de las andanzas de Nixon y Agnew. Para terminar de recuperarse tendría que presentar un hombre por encima de toda sospecha. Un militar es el ideal. Un militar que ofrezca toda la mitología de la pureza, la eficacia, el carácter incorruptible y una considerable experiencia en política exterior, como el general Haig. Haig fue ya utilizado por Kissinger como consejero y mensajero al Vietnam —se decía que era "el Kissinger de Kissinger"—, y participó tanto en las conversaciones de paz como en las decisio-

nes de guerra. Fue asesor de la Casa Blanca: estuvo con Nixon, pero supo salir indemne del escándalo. Y luego ha estado en la OTAN. Hace unos días fue el protagonista de un extraño atentado terrorista: una mina estalló al paso de su caravana —de su automóvil, sus ayudantes, los policías de su escolta— en Bélgica: tan afortunadamente que apenas hubo contusiones entre la escolta, tan afortunadamente que le ha recuperado de un golpe toda la popularidad. El atentado lo ha reivindicado una misteriosa organización belga, con nombre comunista. Una de las cosas más extrañas de este atentado es que se haya producido cuando ya Haig estaba a punto de abandonar su puesto, y estaba designado su sucesor —el general Rogers—; es extraño que no se haya querido acabar con Haig en la cúspide de su poder —desde el que desafiaba verbalmente la política "blanda" de Carter y mantenía puntos de vista belicosos—, y que se le quiera matar en el momento en que lo abandona. Y lo abandona, posiblemente, para ser candidato a candidato: para tratar de que el Partido Republicano llegue a presentarle en su Convención, y que se le designe candidato oficial frente a Carter (o a Kennedy, o a quien los demócratas designen) en las próximas elecciones.

Haig ha pronunciado su último discurso en Casteau, ante la OTAN. Era su acto de retirada, después de treinta y un años de servicio activo y de cuatro y medio al frente de la organización militar de todo Occidente. No ha sido, el discurso y la conferencia de prensa, una cuestión de circunstancias: no ha sido ni siquiera el discurso comedido y discreto que suele oírse a un militar, probablemente porque, al dejar de serlo, se sentía más militar que nunca:

es decir, liberado de una disciplina y, al mismo tiempo, impregnado de un espíritu armado. Es la primera personalidad de este rango que ha relacionado el terrorismo con la Unión Soviética. "Los Estados totalitarios del Este —ha dicho— tienen una gran parte de responsabilidad en esta enfermedad internacional, que nos invade hoy". Cuando las preguntas de los periodistas le han pedido pruebas no las tenía y se ha explicado más: "No atribuyo ninguna de las actividades terroristas que existen hoy, como directamente relacionadas de forma visible con la dirección activa de los regímenes totalitarios del Este". Lo que sucede es que, según él, esas naciones sostienen una doctrina que justifica tales técnicas. Son unas "fuerzas virulentas", hay "fuerzas que trabajan internacional-

mente para buscar cambios sociales y políticos, por medio de tácticas extralegales"; claro que podrían proceder de la URSS, donde una "paranoia" —es su palabra— por la "emergencia de China como una potencia moderna". Con respecto a los SALT, a las conversaciones de Viena, se ha mostrado comedido: en realidad, estaba todavía en servicio, aunque ese fuera su último acto, y no parecía claro que criticara la política de su país. Pero ha presentado reticencias y ha advertido que cuando vuelva a Estados Unidos va a hablar claro sobre el tema. Va a hablar, también, sobre cómo deben introducirse en las conversaciones entre el Este y el Oeste las cuestiones de terrorismo. "Creo que el suministro de armamentos y el entrenamiento para esta clase de actividades son clara-

mente parte de esas actividades mismas, y espero que a través de entendimientos y acuerdos mutuamente negociados entre el Este y el Oeste esa actividad podría cesar".

No ha querido aclarar si va a entrar directamente en política o no: "En este preciso momento no tengo hechos proyectos políticos". Pero en sus alrededores se le ve incluido ya en la lista del Partido Republicano: podría ser candidato a la Presidencia, a la Vicepresidencia o en el caso menor a un puesto en el Senado (por Pennsylvania, su Estado natal).

Alexander Haig tiene cincuenta y cuatro años, por lo tanto, considerablemente joven para un puesto político, después de haber llegado al máximo —las cuatro estrellas— en la carrera militar. Su conservadurismo conjugaría bien con el de la británica Margaret Thatcher, con el de un cristianodemócrata que surgiera de las elecciones alemanas federales, con los aliados europeos que ahora son claramente conservadores. Haig entraría directamente en una política de "contención" y de "desafío": podría ayudar mucho a las derechas en el poder en España y en los Estados Unidos, pero sobre todo a las formas rígidas en los países del Tercer Mundo que caen en las zonas de influencia de Estados Unidos.

Se puede pensar que con esa constelación de conservadores, el riesgo de guerra mundial se aproximaría mucho. Es la opinión de los liberales. Los conservadores creen, como han creído siempre, que las posiciones de fuerza son precisamente las que evitan las guerras. Es curioso que mantengan esa posición siempre: incluso cuando las guerras, finalmente, se producen, incluso cuando las pierden. ■



El general Alexander Haig (izquierda) cede los bráculos del mando de la OTAN al general Bernhard W. Rogers (derecha).